

EL PINTOR RAMÓN PULIDO FERNÁNDEZ

FERNANDO DORADO MARTÍN

Numerario

Preliminar

Existen hombres creadores, otros imitadores. En arte como en todo, aparece la novedad; en otros casos el seguimiento, cuando no la vuelta atrás. Inmersos en ello, quiénes ganaron nombre, no siempre si no les ayudó la circunstancia o cuáles lo perdieron porque no se afanaron en alcanzarlo o no lo mantuvieron.

No buscó fama el pintor Ramón Pulido Fernández, en su talante modesto, negado él a ímpetus medradores. No obstante, en su tiempo, tuvo reconocida notoriedad, y no después tal vez porque él no se empeñó en que su nombre quedara con mayor relieve.

Ramón Pulido Fernández fue un gran un gran pintor. Cultivó la pintura histórica, la social y la religiosa, realizados bastantes de sus ejemplares en grandes lienzos. De sus obras, un tanto olvidadas, alguna permanece con su firma puesta de manifiesto, como lo está en el Museo del Siglo XIX en Madrid, y otras en otros lugares con sus señas desapercibidas.

Pulido Fernández fue elegido Académico Correspondiente por nuestra Academia a poco tiempo de su creación,

en sesión de 8 de julio de 1916 a propuesta de los de Número y fundadores Sebastián Aguado, Vicente Cutanda y Angel María Acevedo. Posiblemente lo hubiera sido también de Número de haber tenido fijada su residencia en Toledo y no en Madrid, capital ésta en donde nació el 3 de julio de 1867 y donde falleció en 1936.

Fue profesor de Dibujo Artístico y de Historia del Arte en la Escuela toledana desde 1934 y hasta final de curso de 1936, período en que terminó siendo director.

Pulido Fernández, artista

Al pintor Pulido Fernández podría enmarcársele como continuador post-romántico, gran dominador de la composición y de formas, ellas muy cuidadas, en época que en España dominaba un impresionismo tardío junto a tendencias simplificadas, más las de argumentos oníricos y las de atributos simbólicos.

De entre sus óleos -esta técnica es la que utilizó- se destaca «La matanza de los frailes», cuadro inspirado en trágica revuelta habida dentro del siglo XIX. También el titulado «Mater Purísima», por el que se le premió con 3ª Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en 1901. Importante la suya teniendo en cuenta que en este certamen les fueron otorgadas: la Medalla de honor a Joaquín Sorolla, a Gonzalo Bilbao y a José López Mezquita la de 1ª clase, y de 2ª a

Aureliano de Beruete. Un galardón más consiguió Ramón Pulido, en otra Nacional, en 1906: 2ª Medalla por su obra «Inmaculada».

Sus primeros triunfos los obtuvo en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid, con sobresalientes, accésits, diplomas y medalla en la carrera. La Diputación Provincial de Madrid le pensionó para ampliar estudios de Pintura en el extranjero durante dos años, prorrogándole la concesión por otros dos más.

De él cuelgan grandes composiciones, además de en el Museo del Siglo XIX (Casón del Buen Retiro), en instituciones como el Hospital de la Cruz Roja de la misma capital, - en palacios, en establecimientos como el Balneario de La Toja y en los templos madrileños de Nuestra Señora de los Angeles, Bautismo de Jesús y San Nicolás de Tolentino, según consta en su expediente de la Escuela de Artes de Toledo.

Profesor en la Escuela de Artes

Ascendido a Profesor de término, grado en la época a la que sólo algunos llegaban tras mucho tiempo ejerciendo en la docencia y méritos acumulados -caso el de él-, tuvo su postrer destino en Toledo ciudad de su preocupación y cariño de siempre (Fig. 1).

En lo último de sus existéncia, contando sesenta y siete y hasta sesenta y nueve años de edad, se le conocía mostrando



Fig. 1.- Escuela de Artes y Oficios Artísticos, curso 1935-36. En el centro, Ramón Pulido, Director, y Enrique Vera, Secretario. Alumnos: Arriba, en el centro, Cruz Loaysa, Maruja Jiménez y Pedro Calvo. Segunda fila: Juan Ayllón, Cecilio Béjar y Fernando Dorado. Abajo, Pedro García, Marina Beltrán, Fotina Gómez y (?).

constitución física acusadamente menguada. Indudablemente debió pesarle una gran carga de trabajo al que se aplicó a lo largo de su vida; extremadamente sensible, mucho le afectaban sinsabores y dificultades que a otros con parecidos contratiempos no les habrían de ocasionar similares quebrantos. Indicios pudieran corroborarlo tales como su muerte ocurrida poco después de empezada la guerra civil de 1936-1939, abrumado en Madrid por temores y debido a su propio reconocimiento de falta de resolución en buscar medios de subsistencia que llevar al hogar.

Hombre enjuto, cuerpo algo inclinado hacia delante, más una miopía advertida era su imagen; pero su paso al andar

era ligero, aunque parecía que se esforzaba porque sus piernas no delataran mayor envejecimiento. Descubriendo visión bastante disminuía, promovía en sus alumnos desconfianza del tino de las correcciones hechas por su mano en la clase de Dibujo Artístico. Bien seguro que esta desconfianza no hubiera surgido con menor edad de Pulido Fernández.

Aun de ordinario muy respetado, no faltó el momento de un día en que en el aula un audaz mozalbete se atrevió, inopinadamente, a contarle un chiste ridiculizando a un político del Gobierno de la nación, lo que a don Ramón —el “don” nadie se lo regateó— produjo un gran disgusto; amable siempre él pero riguroso en el cumplimiento del deber, en este caso mostróse temeroso por haber escuchado al impertinente satírico muchacho.

Su amor por Toledo

Colaborador frecuente en Prensa, ha dejado sustanciosos trabajos relativos a arte y de apuestas por nuestra ciudad monumental, enviados a los periódicos y revistas de difusión nacional «El Globo», «El Liberal», «La Correspondencia de España» y «Gaceta de Bellas Artes», y de nuestra localidad a la revista «Toledo» y al diario «El Castellano».

En el número de 16 de julio de 1917 de la revista «Toledo», abogaba porque nuestra ciudad fuera considerada «escuela de arte castellano», lamentando en otro párrafo que en la Exposición Nacional de ese año no hubiera más cuadros de la Imperial Toledo que uno de Enrique Vera y, por cier-

to, mal colocado. Decía también, en las primeras líneas, haciendo historia, que «Toledo puede crear una gran escuela de arte castellano, no sólo artes suntuarias y decorativas sino arte puro. Artistas pasaron con simples apuntes pero no penetraron en la ciudad. Toledo tiene orfebres, tallistas, rejero, bordador, ceramista, encajera, y no hablemos de escultores; éstos no volverán a tener personalidad mientras no retrocedan a los siglos XVI, XVII y XVIII. La Academia de Bellas Artes puede hacer mucho en ese sentido». Con relación a lo que antecede, habrá de tenerse en cuenta que lo escribía en 1917.

En 1920, en la mentada revista, en una colaboración más, decía: «Nosotros que nos hemos dado cuenta del gran bien que pueden hacer a los españoles la creación de una gran Escuela de Bellas Artes en Toledo, no hemos de dejar de dar toques de atención a los Ministros de Bellas Artes para ver si alguno de ellos convierte este sueño en realidad». Sin duda, su autor se refería a su deseo de que se estableciese una Escuela Superior. A este propósito, viene a la memoria que en nuestra sede hace un par de años acudió a una sesión ordinaria, por invitación, Pedro Cases¹, para exponer y pedir apoyo a su idea de que en nuestra ciudad se crease un Centro de Restauración con rango universitario superior.

Espigando entre los sentimientos que llevó a la imprenta Ramón Pulido, no se echará en olvido lo añadido en ese mismo artículo, en el que dejaba expresado: «Yo confieso que

¹ Director de la Escuela de Arte de Toledo.

sin ser toledano, siento por Toledo suma admiración y cariño, y cuando pasa una temporada sin haber podido ir a visitarla, un anhelo por recorrer sus poéticas callejuelas...»

En otro publicado en 1922, en «El Liberal», se adhería y daba ampliación con el suyo a un anterior del periodista toledano Santiago Camarasa, solicitando ambos que Toledo fuera declarada monumento nacional en su conjunto, declaración oficial que no llegó hasta 1940, por Decreto de 9 de marzo.

Escribió también Pulido Fernández un pequeño tomo, muy interesante, titulado «La Pintura Religiosa», en que resume, como él mismo avisa en el prólogo: «El deseo mío es condensar en pocas páginas la labor de aquellos artistas de verdadero talento, que en las épocas han contribuido al enaltecimiento de la pintura religiosa» (Fig. 2).

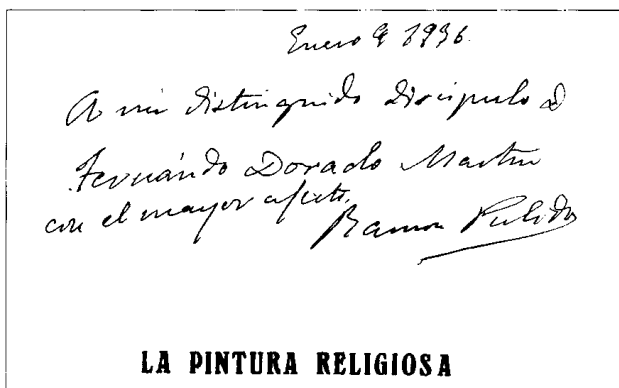


Fig. 2.- Autógrafo del autor en un ejemplar de su obra escrita.

Un cuadro para Toledo

Un extraordinario cuadro pintado por Ramón Pulido fue realizado para Toledo, destinado al Museo de Infantería instalado en el Alcázar².

De este Museo, creado en 1908, fue confiada la Subdirección al entonces Comandante Hilario González González, a quien con su entusiasmo y tesón se debió principalmente la organización y acopio sucesivo de las piezas que hubieron de reunirse en el mismo.

De los antecedentes y proceso del Museo, así como de la trayectoria profesional del militar Hilario González, puede encontrarse una cabal información en el II tomo de la obra «La Academia de Infantería de Toledo», de su autor José Luis Isabel Sánchez, actual Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, de la que a su vez lo fue Hilario González y ocupando el cargo de Director desde el 21 de octubre de 1923 al 28 de noviembre de 1926.

El después Teniente coronel González escribió un largo y sustancioso artículo en 1918 en la ya mencionada revista ilustrada «Toledo», dedicado al cuadro de Ramón Pulido cuyo tema era el de la visita que el emperador Carlos V hizo a Francisco I de Francia en el Palacio Real, lugar de acogida del francés por algún tiempo.

² Cuadro conservado, en depósito, en la Jefatura de Servicios territoriales militares en Badajoz. Dimensiones: 365 x 250 cms.

Con esta obra quería reemplazarse la representación de tal suceso histórico, que con tres más en pintura recordaban destacables hechos del Emperador decorando el salón llamado del Honor, en el Alcázar, piezas al óleo después destruidas por el fuego del incendio producido en el edificio en 1887. El autor del artículo hace una referencia pormenorizada del cuadro de Pulido Fernández, así como del acto histórico recordado, sin omitir citas de los elogios para la obra insertos en «El Liberal», «El Heraldo», «La Acción», «El Ejército Español», «El Universo» y «El Imparcial». En este último periódico, el crítico toledano Angel Vegue decía del cuadro: «No ha veinticinco años, de haberlo enviado a un certamen oficial habría ganado con él su autor una medalla de primera clase» (Fig. 3).

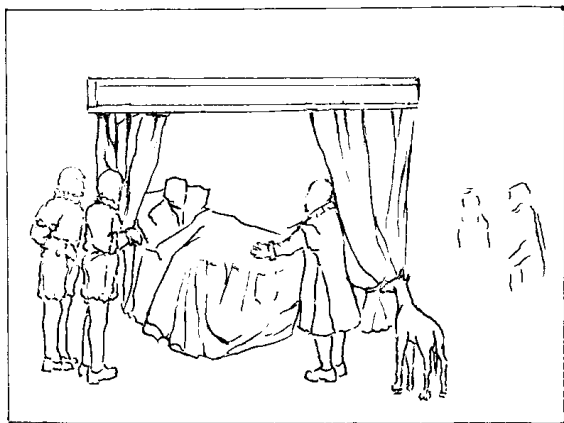


Fig. 3.- Interpretación esquemática del cuadro.

F.D.

Escribía Hilario González en su trabajo impreso que el cuadro estaba compuesto con la mayor naturalidad y sin amaneramientos. Es como si quisiera aclarar que en él no se daba la artificiosidad y el envaramiento de figuras de otras varias obras de otros artistas contempladas en diferentes ámbitos, comprendidas ellas en la llamada pintura de Historia, un tanto adversamente criticada varias veces.

Ramón Pulido había tenido en cuenta la veracidad de los personajes concurrentes en el encuentro de Carlos V y Francisco I, que historiadores razonadamente podían dar crédito a la visita regia y que el pintor tan bien supo interpretar.

De Ramón Pulido Fernández habrá que recalcar que puede situársele entre los grandes hombres apasionados por Toledo, en donde halló numerosos amigos, entre ellos al mentado Sebastián Aguado, de cuyo hijo José, Académico de Número ahora, fue padrino de bautizo; asimismo, entre sus cercanas amistades estuvo Enrique Vera, Secretario de la Escuela de Artes cuando él era Director.

